

Especial tres: Silvia Zanetto

Hoy les presento tres cuentos de Silvia Zanetto, una escritora italiana sensible y muy romántica, cuya feminidad está casi exacerbada.

Es autora de varios libros de literatura infantil maravillosamente escritos, como «*Ma Francesco Dov è*» y no sólo como ustedes puede comprobar hojeando esta revista. Les sugiero que lean los siguientes:

El primero «**Cuento rápido (y Lento)**», un thriller matutino de una mujer de hoy que se dirige a Milán.

El segundo «**Diálogo Frente tiene un Cuadro**» cuenta sus emociones ante el famoso «*Noche azul*» de Edward Hopper.

Y finalmente «**Hasta que nos parezca tard**», el amor a pesar de mi querida madre, contado mientras preparaba su maleta.

Jean Claude Fonder



SPECIAL TRES Silvia Zanetto

Microrrelatos del Tapañol

SILVIA ZANETTO (Venezia 1961)

Me dicen que, para convertirme en una bloguera, tengo que escribir mi propia **biografía**.

No va a ser fácil, si no quiero aburrir desde el primer día a mis nuevos lectores, porque en mi vida no han pasado cosas excepcionales o novelescas.

Así que tuve que inventármelas, desde el principio.

Aprendí a bucear en los libros, a sumergirme en historias de las que podía salir solo para enfrascarme en otras. Y tomé el vicio de escribir desde niña: decidí pertenecer, cuando todavía era inocente, a la secta de los inquietos que no se conforman con leer, sino que también quieren escribir -bien o mal, no importa- sus propias historias.

En la primaria, componía pequeñas escenas de teatro que solía representar con mis amiguitas durante la fiestas de Carnaval. El colegio fue la época de los poemas, de los que el respeto por mí misma me impide hablar más. Luego vinieron los cuentos cortos, y con el pasar del tiempo me di cuenta de que lo que escribía no estaba tan mal y seguí mejorando.

Con un poco más de dinero en el bolsillo, a los viajes por el mundo de la fantasía se sumaron los viajes reales: por Italia y por Europa, al principio; pero llegué también alguna vez a traspasar las columnas de Hércules y a vislumbrar mundos tan lejanos del mío que soñé con no volver nunca y reescribir mi propia historia allá, donde el azul del cielo es diferente.

Mi vida profesional fue mi auténtico oxímoron existencial: un gran amor a la enseñanza y a los estudios que no encajaba con la repulsión hacia el papel de profesora en el que yo no podía caber.

¿ Y ahora?

Ahora soy una “chica” con bastante experiencia de vida, pero no dejo de luchar por mis sueños.

Acabo de escribir mi quinto libro.

Soy la desempleada más ocupada que yo conozca.

Cuento rápido (y lento)



Son las siete y cuarto. Levántate.

Es verdad que tienes todo el tiempo del mundo para prepararte, tu autobús no va a partir hasta las ocho y cuarenta. La mochila con los libros la preparaste anoche, el desayuno está prácticamente listo, la ropa que tienes que ponerte está allí, sobre la silla.

Pero la gata maúlla con insistencia, sube a la cama y empieza a mordisquearte las muñecas.

Levántate. Así no tendrás que hacerlo todo de prisa.

Vas a la cocina, enciendes un fogón, le pones encima una olla llena de agua para el té.

La gata sigue maullando, sube a la mesa, pasea sobre el fogón encendido, poniendo en peligro la incolumidad de su preciosa cola. Abres una lata de comida y le pones un poco en su cuenco.

Son las siete y veinte.

Vas al cuarto de baño, vuelves, viertes el agua en la tetera, la gata ha terminado de comer y pide más. Son las siete y veinticinco.

Pones otra olla sobre los fogones, tienes que prepararte algo de comida, un poco de arroz para cuando vuelvas a casa, no puedes empezar a cocinar a tu vuelta, a las dos menos cuarto.

Vuelves al cuarto de baño para asearte, regresas a la cocina, echas una ojeada a la olla del arroz y te sientas para desayunar. Comes tranquila, no es tarde. Pones un poco de sal al arroz, un poco de aliño. Son las siete y cuarenta y cinco, todavía puedes vaciar el lavavajillas. Mientras, sigues controlando al arroz para que no se queme.

Son las siete y cincuenta.

La gata va pidiendo otra comida y le das todavía un poco. El arroz sigue un poco crudo.

Son las ocho menos cinco.

Ya no es tan temprano. Lavas de prisa las tazas del desayuno, son las ocho y todavía tienes que vestirti y maquillarte. Debes salir de casa como máximo a las ocho y veinte, si no quieres perder el autobús. Tus prendas están allí sobre la silla, donde las pusiste ayer, pero las medias son negras y no hacen juego con el vestido azul. Buscas otras en el cajón, las encuentras, son perfectas, te vistes y son las ocho y cinco; todavía estás sin maquillar. Ahora es tarde y lo haces de prisa: te das un poco de color y un poco de carmín, te miras rápidamente al espejo y te das cuenta de que tu pelo, aun recién lavado, te hace parecer a un erizo. Te peinas con vehemencia, pero sirve de poco: tendrás que mojarte al menos el flequillo y arreglarlo con el secador.

Es muy tarde: son las ocho y cuarto, pero ahora estás lista. Te pones los zapatos y el abrigo y buscas las llaves de casa: en la cerradura de la puerta no están. Deben de estar en la mochila que preparaste anoche, bajo los libros, los cuadernos y todo lo imaginable. La gata te ronda maullando, le das toda la lata de la comida con la mano derecha, mientras con la izquierda por fin encuentras las llaves. De repente te acuerdas de la olla del arroz y corres a la cocina: se ha quemado un poco, pero no tanto, en cualquier caso es solo para ti y tú sabes conformarte.

Sales de casa. El espejo del ascensor refleja la imagen de una mujer recién escapada del manicomio, pero bien peinada y con las medias a juego. Lo lograste: son las ocho y veinte y estás fuera de casa.

Hurgando en el bolso buscas la cartera: ya no hay billetes para el autobús, así que tendrás que comprarlos. Mejor ir a la parada del autobús en coche.

A las ocho y veinticinco alcanzas la carretera. Todavía estás a tiempo, no es tarde. A la vuelta de la esquina te encuentras con una cola larguísima. Te dan ganas de

sonar la bocina, pero intentas tranquilizarte: es tarde, pero todavía estás a tiempo. A las ocho y treinta sales del atasco y llegas a la parada del autobús a las ocho y treinta dos. Buscas un aparcamiento, pero todos parecen ocupados. Mucho más allá hay uno libre, aparcas el coche y son las ocho y treinta cinco.

Corres hasta la parada, entras en el bar para comprar el billete y allí también te encuentras con una cola. Una señora te mira con un poco de pena y te pregunta si quieres pasar. Le contestas con un “sí gracias” jadeante, compras el billete y sales del bar, justo a tiempo para tomar el autobús.

No hay mucha gente hoy, así que puedes escoger libremente el asiento, lejos de las personas que charlan en voz alta, cerca de la ventanilla, no demasiado adelante ni demasiado atrás. Eliges el asiento al lado de una señora de mediana edad que está tranquilamente leyendo su libro. Te quitas los guantes, el sombrero, la bufanda e incluso el abrigo, porque normalmente hace calor en el autobús, y los pones en un asiento libre. Luego, buscas las gafas de cerca y el libro de Maggie O’Farrel “Hamnet”, que casi has terminado: solo te faltan veinte páginas. El libro es en italiano, por supuesto: tu nivel de inglés no es bastante alto para leer el original.

Miras afuera de la ventanilla, relajada, y das un suspiro de alivio. Ahora tienes un montón de tiempo para terminar el libro: el autobús te llevará a Milán a eso de las nueve y media así que, cuando llegues, podrás disfrutar del paseo, porque la clase de literatura no va a empezar hasta las diez. Podrás mirar los escaparates, alargar tu recorrido hasta el Duomo, o gozar del final del verano en el parque Sempione... En fin, ¡tienes todo el tiempo del mundo!

Diálogo frente a un cuadro



Soir Bleu de Edward Hopper, 1914

— Bueno, y ¿este qué te parece?

— No sé... es raro, diferente a los cuadros de Hopper que conocía. Pero tampoco es eso: la verdad es que hay algo que no me convence... que me fastidia, mejor.

— Pero representa el azul de la mar, el cielo despejado, los globos color naranja y amarillo. Es una tarde encantadora, con la gente sentada en la terraza de un bar bebiendo y charlando...

— Charlando, ¿dices? Pero ¿no te das cuenta de que cada personaje en realidad está solo? ¿De que las miradas no se cruzan? ¿De que nadie está sonriendo?

— La mujer de pie - quizás sea la camarera- los observa a todos.

— Yo creo que no. Fíjate en la mirada altiva ... Y ese color carmesí que tiene en las mejillas y en los labios, y el vestido demasiado escotado... No, no me gusta.

— Pero todos llevan ropa peculiar... ¿qué me dices de los demás? ¿El hombre a la izquierda?

— Creo que es un marinero, no se ve si hay alguien más sentado a su mesa. Y la pareja, los de a la derecha... él está muy elegante, mientras que la mujer está enfundada en algo que podría ser una toalla. Pero no es eso lo que me molesta.

— Entonces, ¿qué?

— Creo que son los de la mesa en el centro. Uno podría ser un pintor, el otro un oficial de la marina. No logro imaginar por qué estarán sentados a la misma mesa. Y el payaso. El payaso blanco, vestido de blanco, pintado de blanco, con ojos y



boca maquillados de bermejo, con su cigarrillo entre los labios. No sé... me hace pensar en la muerte, no soporto ni mirarlo... Y piensa que para esta tarde ¡tengo que escribir un cuento sobre eso!

Hasta que nos parezca tarde

Mi madre, por supuesto, no estará de acuerdo, pienso, mientras pongo lo esencial en una maleta.

Nunca lo estuvo: desde el principio él no le cayó bien.

A mí, en cambio, me gustó enseguida.

Ni siquiera me fijé en el color gris de su pelo y de su barba. Me deslumbró la luz oscura que vi brillar en sus ojos mientras me hablaba de su viaje a Africa. Me encantaron las palabras verdes y azules de ríos y valles lejanos, que su voz me acercaba y me permitía ver.

Me sedujo su mirada, en la que atisbé en un solo instante toda la vida que yo ni siquiera había imaginado, y que entera estaba allí, en su primera sonrisa.

Todo en él prometía una existencia diferente: su sombrero de viajero, que no se quitaba ni en casa, su camisa arrugada que siempre parecía recién sacada de una maleta mal hecha, los gestos anchos de sus manos que me llevarían de mi sosa vida hasta un mundo desconocido...

Creo que fue un flechazo. Ni siquiera tuve el tiempo de olvidarme de los chicos que había frecuentado antes, no hizo falta: ya no existían, mi vida anterior no existía. Si me hubiera parado a pensarlo, me habría dado cuenta de que a ellos les había entregado sólo la cáscara de mí misma.

Al principio, él se enamoró de mi amor, del halago que le producía verme tan hechizada, de las tardes delante del fuego, de los paseos por la orilla del río, siempre escuchándole. Pero una tarde me tomó la cara entre sus manos, fuertes y cálidas, y me dijo -Ahora, habla tú.

Y eso fue el amor.

-Pero, ¡Gabriela! ¡Si es más viejo que tu padre! -me regañó mi madre. -¿Qué pretendes hacer de tu vida? ¿Hacer de enfermera? ¿Quedarte viuda pronto? ¡Con lo joven y guapa que eres! ¡Con la de pretendientes que tienes, y tú vas a salir con ese... ese anciano! -me escupió en la cara.

Por eso, ahora me voy.

Todo lo más, mi madre se enfadará conmigo, con él... en fin, ¿qué más da? Por nada que le diga, siempre se irrita: por una vez, tendrá una buena razón para enojarse.

Me voy sin despedirme, llevándome solo unas pocas cosas en una maleta pequeña.

Grandes serán los paisajes de viento y de sol que atravesaremos juntos; largos

serán los días cabalgando en los del desierto, mirando el horizonte; lentas serán las tardes, sentados en el porche, esperando la puesta del sol detrás de las acacias...

Hasta que nos parezca tarde.